Soy mala.

A los catorce años me enamoré de un tipo con el que perdí la virginidad y con el que estuve cinco años.
Cinco años mendigando su amor y humillándome para que me amara.
Y me amó.

Después yo ya no lo amaba. Y qué. Le terminé, y al principio me sentí mal pero luego ya no.
Luego todo fue un acto para el mundo, una tristeza malograda.
A los hombres las mujeres los tenemos que educar.
Y los amo. Y los disfruto.
A los hombres las mujeres no los tenemos que educar. Los hombres tienen que aprender que ellos son lo otro, no nosotras. Que son su propia responsabilidad.
Que su tristeza no en la más grande del mundo.
Que ni ellos ni nosotras somos la víctima del otro.

Yo no hice nada mal y usted me quiere hacer creer que sí, que soy la responsable de su tristeza, que debí haber cuidado de sus sentimientos mejor ¿sí? Pues no, yo no estoy de acuerdo. Yo por los hombres he hecho lo inimaginable. He introducido todo tipo de hormonas y utensilios médicos en mi cuerpo, me he arreglado y desarreglado, me he quitado la ropa y me he puesto otra que no me gusta, me he dejado besar, si, por usted y por otros.

Yo, después de cinco años de un amor enorme que me era ajeno antes de usted, sentí el derecho de romperle el corazón y de dejarlo solo.
Y aunque le pedí perdón
y aunque lloré enfrente suyo
y aunque le digo a mis amigos que sí, que yo fui la mala,
no he llegado a sentir
ni un poquito
de remordimiento.

No soy mala, pero usted necesita creer eso de mí,

por pesar,

soy mala.